

Mujeres y re(des)construcción posconflicto: más allá de una reconstrucción del pasado

Tatiana Moura*

Introducción

Uno de los efectos de las aproximaciones tradicionales a las Relaciones Internacionales fue la conceptualización de la guerra como un terreno masculino. En este sentido, los discursos producidos y que han resultado de sus análisis no han tenido en consideración la participación de las mujeres en los conflictos armados, ni tampoco el impacto de las guerras en sus vidas, sobrevalorando los juegos de poder en el sistema internacional.

Las propuestas de análisis sobre la participación de las mujeres en contextos de conflictos armados y sobre los impactos de estos conflictos en sus vidas son recientes. Han empezado a emerger en los años 80, como resultado del surgimiento de una línea de investigación feminista sobre la paz y la violencia, y de la creciente complejidad de los conflictos a lo largo de los últimos quince años. Pero las propuestas iniciales han subrayado en particular las situaciones de emergencia, sin una clara referencia al proceso de reconstrucción post-conflicto, y sin un análisis de las relaciones de poder en las sociedades asoladas por conflictos (Reimann, 2001).

En este artículo intentaré, en una primera parte, analizar las características de los conflictos contemporáneos y las estrategias de respuesta a estos conflictos, en particular el modelo padronizado de reconstrucción posconflicto de la ONU. En la segunda parte analizaré las propuestas feministas de re(des)construcción post-conflicto, sacando a la luz los silencios y las consecuencias de modelos que intentan reconstruir el pasado, marginando necesidades, roles y aportaciones de las mujeres, durante y después de los conflictos armados.

I. LA NUEVA GEOGRAFÍA DE LAS GUERRAS

Las décadas de los 80 y 90 han sido caracterizadas por alteraciones de amplia magnitud en las referencias de análisis de los conflictos internacionales. Las llamadas “nuevas guerras” o guerras de la posmodernidad, que tienen lugar con más incidencia en estados colapsados, contrastan con un tipo de conflictualidad de matriz westfaliana, que ha correspondido sobre todo a la construcción del estado moderno, territorial, centralizado y jerárquicamente ordenado. Mary Kaldor (1999) fue pionera en la definición y análisis de este nuevo tipo de conflictos, defendiendo que estas nuevas guerras corresponden a un nuevo tipo de violencia organizada que es distinta porque ocultan las diferencias entre guerra, crimen organizado y violaciones masivas de derechos humanos.

Estas nuevas guerras, en el pasado llamadas “conflictos de baja intensidad”, guerras privatizadas o guerras informales, poseen características substancialmente distintas de las guerras “tradicionales”. En estas nuevas guerras no es fácil establecer en la práctica la distinción entre la esfera privada y la pública, lo estatal y lo no estatal, lo informal y lo formal, lo que se hace por razones económicas o políticas. En la opinión de Mark Duffield, más que expresiones de ruptura o de caos, las nuevas guerras se pueden entender bajo la forma de *guerra en red (network war)* no territorial que actúa a través y alrededor de los estados; o sea, guerras que tienen en la base redes cada vez más privatizadas de actores estatales y no estatales que actúan más allá de las competencias convencionales de los gobiernos definidos territorialmente. Se trata de guerras que minimizan las distinciones entre personas, ejércitos y gobiernos (2001: 13 -14), que son resultado – y a la vez originan – de una atenuación de las fronteras (entre el interno y el externo, por ejemplo), anteriormente consideradas rígidas y bien definidas.

En las guerras tradicionales la esfera pública era el principal escenario de la violencia. En las nuevas guerras la sociedad civil es simultáneamente el palco y el blanco de la violencia organizada que ocurre en la esfera privada, privatizando la violencia, sus espacios o territorios de actuación, sus actores y sus víctimas. A principios del siglo XX la proporción entre muertes militares y civiles en las guerras fue de 8 para 1. Actualmente esa proporción se ha invertido, y es de 1 para 8. Son, consiguientemente, guerras declaradas contra la dimensión privada de las sociedades, silenciando la muerte de millares de personas. Lo que anteriormente se consideraba un efecto secundario indeseable e ilegítimo de las viejas guerras se ha transformado (aún más) en un elemento esencial en la forma de lucha de las nuevas guerras (Kaldor, 1999).

Las nuevas características de la violencia hacen que las distinciones entre las zonas de guerra y las zonas de paz aparente no sean tan claras como en momentos anteriores y que, en este nuevo escenario, “así como es difícil distinguir entre lo político y lo económico, lo público y lo privado, lo militar y lo civil, es aún más difícil distinguir entre la guerra y la paz” (Kaldor, 2001: 143).

Hemos asistido, por consiguiente, a una tendencia de materialización de una nueva geografía de la violencia organizada, a una escala cada vez más micro, con guerras locales que tienen impacto a escala global.

1. La propuesta de un modelo *standard* de reconstrucción posconflicto

El final de la Guerra Fría, la emergencia de conflictos más complejos y con nuevas características y las reformulaciones teóricas de los conceptos de paz y seguridad han conducido a la elaboración, por parte de las Naciones Unidas, de una respuesta o estrategia de intervención denominada resolución multidimensional y multifuncional de estos conflictos y reconstrucción o rehabilitación de las sociedades afectadas. A este modelo Clapham lo llamó mecanismo *standardizado* o padronizado de resolución de conflictos y de consolidación de la paz (*standard operating procedure*) (*apud* Ramsbotham, 2000: 170). Este nuevo modelo, que ha caracterizado la actuación de las Naciones Unidas en distintos países a lo largo de la década de los 90, fue aplicado por la primera vez en 1989, en Namibia (con la UNTAG), y plasmado en 1992 por el entonces Secretario General de las Naciones Unidas Boutros Boutros-Ghali en un informe intitulado *Una Agenda para la Paz*. Una de las cuatro estrategias de acción que está en la base de este documento es la de (re)construir la paz en el periodo que sigue a los conflictos armados. Utilizando los conceptos desarrollados anteriormente por Johan Galtung, esta estrategia incluye una función negativa de prevención del regreso a la violencia (paz negativa, de corto plazo) y una función positiva, de ayuda a la recuperación nacional, de combate a las causas que estuvieron en la raíz del conflicto violento y de creación de condiciones que conduzcan a la reconciliación, reconstrucción y recuperación (paz positiva, de largo plazo) (*ibid.*: 171-172).

Sin embargo, la fase positiva de reconstrucción posbélica no es una fase pacífica. El *United Nations Research Institute for Social Development* (UNRISD) utiliza el término *war-torn societies*, o sociedades rotas por conflictos violentos, para subrayar que “el

desafío de reconstruir sociedades después de una guerra es muchísimo más complejo y difícil que la tarea de poner fin a los enfrentamientos" (UNRISD-PSIS, 1995). Como subraya Ramsbotham, posconflicto es justamente lo que esta fase *no es*. Al revés, el acuerdo de paz no representa el final del conflicto, pero sí el medio a partir del cual las partes esperan resolver las cuestiones no resueltas de la guerra (2000: 173).

Y por esta razón, esta propuesta es multidimensional, es decir, intenta dar respuesta a varias dimensiones de la sociedad que se considera suelen quedar afectadas por los conflictos: la dimensión de seguridad/militar – con programas de desarme y desmovilización de los grupos armados, la celeración del sector de seguridad, la desmilitarización de la sociedad y la transformación de culturas de violencia; la dimensión político/constitucional – con las políticas de reforma constitucional, la realización de elecciones, la creación de mecanismos de "*good governance*" y el refuerzo de la sociedad civil; la dimensión económico-social – con la ayuda humanitaria y la prestación de servicios básicos, la reconstrucción de infraestructuras, la rehabilitación de la población y de los soldados desmovilizados, políticas macro-económicas estables y justicia distributiva; y la dimensión psicosocial, con la adopción de medidas para superar la falta de confianza inicial y dar una respuesta a las heridas psicológicas en un cuadro de articulación entre paz y justicia que intente lograr la reconciliación a largo plazo (Ramsbotham, 2000: 181-184).

II. MUJERES Y RE(DES)CONSTRUCCIÓN POSCONFLICTO

1. Denuncias feministas a los silencios de las Relaciones Internacionales

Las manifestaciones de los varios tipos de violencia, entendida como la antítesis o negación de la paz, que constituyen fuentes de inseguridad, se manifiestan a diversas escalas, desde la intersubjetiva (interpersonal) a la internacional. La visibilidad de estos "nuevos" riesgos fue posible gracias a las propuestas feministas de análisis de las Relaciones Internacionales. Estas propuestas han emergido a mediados de los años 80, con autoras como Cynthia Enloe, Ann Tickner y Christine Sylvester, que han denunciado el carácter androcéntrico de los conceptos centrales y de las aproximaciones tradicionales a la disciplina, y la consecuente subalternización y marginación de las mujeres. Rechazando las fronteras rígidas e impermeables de las escuelas de pensamiento tradicionales, de las cuales se destaca el Realismo Político - a la esfera

internacional, pública, de alta política (valorada) contraponen la esfera interna, privada, no política – los análisis feministas denuncian la construcción social de un sistema de guerra que tiene en su base nociones militarizadas y (consecuentemente) masculinizadas de estado, la guerra, la paz, el poder, la seguridad y la ciudadanía, así como sus contradicciones. Reconociendo la existencia de nuevos riesgos y amenazas, y considerando la perpetuación de un sistema construido a través del silenciamiento de experiencias y de la construcción estereotipada y antagónica de masculinidad y feminidad, las propuestas feministas de las RRII intentan ampliar o redefinir lo que es político, del nivel micro al global, de la esfera personal a la internacional, denunciando los impactos que las estructuras macro tienen en los grupos locales y en los individuos.

Uno de los efectos de las aproximaciones a las Relaciones Internacionales fue la comprensión de la guerra como un terreno masculino. Por eso mismo, los discursos producidos y resultantes de sus análisis no han tenido en consideración la participación de las mujeres en los conflictos armados, ni tampoco el impacto de las guerras en sus vidas, sobrevalorando los juegos de poder en el sistema internacional.

A lo largo de los siglos, las experiencias de las mujeres han sido marginadas en los acontecimientos históricos considerados más relevantes, en particular en las guerras, contrastando con el protagonismo atribuido a los roles asumidos por los hombres. La historia de las guerras y de sus impactos es, por lo tanto, una historia incompleta, parcial, caracterizada por la ausencia de las experiencias y análisis centrados en los roles protagonizados por las mujeres. Y aunque la guerra haya sido motivo de preocupación y posicionamiento colectivo e individual para las mujeres de todas las épocas históricas, sus voces y roles no han sido reconocidos en los espacios públicos de decisión (Nash y Tavera, 2003: 9).

En este sentido, las propuestas de análisis sobre la participación de las mujeres en las guerras y sobre los impactos de estas guerras en sus vidas corresponden a un análisis de los espacios sin historia, con actores silenciados.

2. Aportaciones feministas para la re(des)construcción posbélica

Los procesos que siguen a la firma de los acuerdos de paz no significan, para la mayoría de las mujeres que viven en sociedades rotas por los conflictos, un tiempo de paz. O bien porque regresan a lo que se considera 'la normalidad', es decir, a lo que existía

antes del conflicto, cerrando los ojos a todo lo que vivieron durante este tiempo, o bien porque son excluidas de todas las dimensiones 'oficiales' y 'formales', del espacio público donde la paz posbélica es reconstruida. No obstante, la naturalización o asociación histórica de las mujeres (o de la feminidad) a la paz, en la práctica, o a las esferas del poder y de las decisiones políticas, no refleja esta relación. Las negociaciones y firmas de acuerdos de paz se caracterizan por la ausencia de una parte de la sociedad afectada por la guerra.

El periodo de reconstrucción posconflicto es un periodo crucial de reconfiguración de las relaciones de poder en sociedades asoladas por conflictos violentos. La diversidad de experiencias y de roles asumidos por las mujeres durante los conflictos, en particular el hecho de protagonizar roles de actividad y de liderazgo convencionalmente "no tradicionales", hace necesaria la consideración de las mujeres como grupo heterogéneo, con prioridades y agendas plurales.

Los roles y demandas de las mujeres durante y después de los conflictos violentos no se identifican con la definición de construcción de la paz defendida por Boutros-Ghali en 1992, que subraya casi exclusivamente la reconstrucción posconflicto de las instituciones estatales e infraestructuras físicas. El modelo *standard* o padronizado de consolidación de la paz de la ONU sigue marginando en gran medida a las mujeres, ya sea en el reconocimiento de las especificidades de la violencia sufrida por ellas durante los conflictos, ya sea en la identificación y tentativa de dar una respuesta a sus necesidades en las distintas dimensiones. Por otro lado, sigue sin reconocer las estrategias de consolidación de la paz construidas por las mujeres. Por eso, casi todos los documentos y textos que analizan la relación entre mujeres y conflictos armados afirman que, aunque tengan un rol importante en la construcción de la paz, las acciones de las mujeres quedan frecuentemente en un segundo plano, y sus iniciativas pasan a formar parte de un conjunto de iniciativas 'invisibles'.

Varias autoras e investigadoras (Meintjes, Pillay, Turshen, Bop, Manchanda, Becker, 2001, entre otras) defienden la necesidad de una nueva perspectiva teórica sobre las experiencias de las mujeres en sociedades rotas por los conflictos. Su argumentación se construye a partir del hecho de que muchos de los programas de reconstrucción se basan en una de estos dos enfoques: derechos humanos o necesidades humanas. El enfoque de la satisfacción de necesidades en la rehabilitación socio-económica de posguerra prioriza las necesidades sociales y materiales, colocando

el énfasis en la asistencia humanitaria. El enfoque basado en los derechos aplicado a la reconstrucción política da prioridad a la reorganización política - a los derechos humanos, a la justicia y a la igualdad, a las elecciones, al pluralismo y a la participación - definiendo a menudo derechos humanos en un sentido estrecho y limitado de libertades civiles y políticas, y olvidando los derechos económicos y sociales. En la transición de la guerra a la paz, o de la dictadura militar a la democracia, la retórica de la igualdad y de los derechos suele ser utilizada como capa o máscara de la reconstrucción del poder patriarcal, a pesar del énfasis reciente sobre los derechos humanos de las mujeres.

Por eso mismo una de las distinciones recurrentes en los enfoques de los procesos de rehabilitación posconflicto es la distinción entre el camino formal y el informal que conducen a la paz. Esta imposición de fronteras subraya y perpetúa los dualismos o binomios que sustentan la estructura jerárquica que vertebró la sociedad patriarcal – el primer elemento del binomio domina al segundo, invisibilizando, silenciando, discriminando y marginando todas las acciones que ocurran en la llamada esfera privada o informal.

Las iniciativas de base, consideradas informales y que tienen como protagonistas a grupos de mujeres que intentan transformar los conflictos de forma positiva y creativa existen, y se asemejan a los acuerdos formales de paz (elevados a la esfera formal). Las acciones de las mujeres son a menudo acciones que intentan dar respuesta a las necesidades inmediatas de lo cotidiano, pero tienen un potencial de transformación social. Lo formal y lo público son altamente androcéntricos, se caracterizan por la ausencia de las mujeres que, en resultado de su socialización, siguen desarrollando sus acciones en el espacio informal. Por eso las interpretaciones de los conflictos se centran, en particular, en el contexto macrosocial, olvidando las acciones políticas de las bases y marginando las capacidades y esfuerzos hacia la paz.

El camino formal para la paz o la reconstrucción formal de la sociedad, que incluye las negociaciones formales, la identificación de las prioridades para la actividad política del posconflicto y define las relaciones básicas del poder, se caracteriza por una subrepresentación de las voces y necesidades de las mujeres, sea en las autoridades internacionales involucradas, en los equipos de negociación que representan las partes en confrontación, o en las instituciones invitadas para la mesa de negociaciones. Por

eso, las dimensiones del modelo *standard* de consolidación de la paz de la ONU tienen lugares y estatutos distintos, resultantes de la importancia que se les atribuye. La dimensión militar y de seguridad, la dimensión político-constitucional e incluso la dimensión económica cuentan con mayor apoyo e intervención, a un nivel formal, que la dimensión social y psicosocial, asociada a la esfera privada, al dominio de lo subjetivo.

Considerando las cuatro dimensiones del modelo padronizado de reconstrucción posconflicto de la ONU previamente mencionado, algunos de los roles asumidos por mujeres en situaciones de conflictos armados, intentaré subrayar algunas de las debilidades y marginalidades que genera este modelo en cada dimensión. Estas invisibilizaciones resultan, sin embargo, de los estereotipos producidos y aceptados en el marco de los análisis dominantes sobre conflictos armados.

Reconstrucción militar y de seguridad

Una de las características o consecuencias de los silencios mantenidos por la construcción social de lo que Betty Reardon (1985) considera que es un sistema de guerra - un sistema o orden social excluyente, androcéntrico, militarista y jerárquico – es la ausencia de análisis sobre la representación y roles de las mujeres en las fuerzas militares. Es precisamente a través de los análisis sobre la participación de las mujeres como combatientes o participantes en los conflictos lo que permite la frustración de las expectativas de estas mujeres y los fracasos de la dimensión militar y de seguridad. El modelo de la ONU supone, en esta fase inicial de reconstrucción de las sociedades rotas por conflictos, el desarme y la desmilitarización de la sociedad, y la desmovilización de los grupos armados. Sin embargo, el no reconocimiento de los roles de las mujeres como combatientes (en parte por desafiar la femineidad construida como pacífica, legitimando una masculinidad militarizada), conduce a la marginación de sus necesidades. El proceso de reintegración de las antiguas combatientes significa, a menudo, un retorno a las funciones consideradas tradicionales, en la esfera privada.

Los roles asumidos por las mujeres en movimientos y conflictos de liberación como el caso de El Salvador, Nicaragua, Eritrea o Guatemala, han sido moldeados por una retórica de inclusión, de igualdad de derechos y justicia social, como parte integral de la lucha. Las mujeres han desarrollado expectativas de libertad e igualdad.

En las situaciones en las que las mujeres han estado activamente involucradas en los conflictos, las expectativas respecto a la posibilidad de influenciar el futuro de su país eran grandes. Pero, generalmente el optimismo inicial, a menudo, ha resultado en sentimientos de desilusión y frustración.

Por otra parte, las mujeres y niñas que, voluntaria o involuntariamente, han estado al lado de los combatientes (como esclavas sexuales, como traficantes de informaciones, como informadoras, como cocineras, etc.) son, del mismo modo, ignoradas en esta dimensión de la reconstrucción posconflicto. Aunque no adopten el rol de "combatiente", necesitan igualmente de asistencia para la desmovilización, rehabilitación y reintegración.

Otra de las prioridades de las mujeres en tiempo de guerra o de "post-guerra", son las fuentes de inseguridad, física o material. En sociedades que atraviesan un proceso de reconstrucción posconflicto, dominado por preocupaciones de corto plazo y por un marco de referencias políticas, económicas y sociales de carácter neoliberal, fácilmente se experimenta una transferencia de la anterior violencia militar hacia una violencia social diseminada. La desmovilización de soldados y el aumento de milicias desempleadas, socializadas en una cultura de la violencia, asociada a la proliferación de armas livianas y minas anti-personales, puede significar una nueva amenaza para las mujeres, que sufren un aumento de violencia en la esfera pública y privada. Con efecto, el periodo del post-guerra no significa un periodo de post-violencia, y las armas (legales e ilegales) son una amenaza a la seguridad de las mujeres, ya sea en tiempo de paz o en tiempo de guerra (Cukier, 2001).

Reconstrucción político-constitucional

La democratización, por ser un proceso formal y político, es considerada un terreno típicamente masculino, vetado a las mujeres, desde que es a través de este proceso cuando se definen los niveles de influencia y los mecanismos de distribución de recursos de la post-guerra.

Los análisis de las acciones políticas de las mujeres afrontan ciertos obstáculos. Uno de ellos, quizás el más importante, es el hecho de que el término "político" sea definido por hombres, lo que hace que las actividades protagonizadas por mujeres en sus

comunidades sean a menudo entendidas como caritativas, voluntarias o sociales, a pesar de su importante impacto político (Ferris, *apud* Sörensen, 1998: 6). Son consideradas una extensión natural del rol social de las mujeres, marginadas y excluidas de la reconstrucción política del país.

Empecemos por el programa formal, referente a las elecciones. Por una parte, algunas de las nuevas Constituciones no garantizan a las mujeres el derecho de voto o de ser elegidas. Las mujeres a menudo no tienen acceso a la estructura política que postulan como a las elecciones. En el caso de Somalia o de Camboya, las mujeres han representado solamente el 5% de los candidatos a las elecciones de la Asamblea Constituyente, resultantes de los procesos de paz. Por otra parte, muchas mujeres identifican este terreno como esencialmente masculino, y por lo tanto no votan o permiten que sus familiares hombres lo hagan por ellas. Para superar estos obstáculos, son fundamentales las actividades de grupos locales de mujeres que organizan sesiones de educación cívica. Otro mecanismo para superar estas dificultades son los sistemas de cuotas, utilizados como medidas temporales para corregir el déficit generalizado de representación de las mujeres.

Aún en el plano formal, la elaboración de una nueva Constitución asume un significado y alcance muy especial. Con la consagración de la igualdad de derechos civiles, políticos, económicos y sociales, la nueva ley fundamental constituye un instrumento eficaz de empoderamiento, con efectos inversamente negativos a largo plazo si los derechos de las mujeres no son garantizados.

Sin embargo, más allá del plan constitucional y jurídico-formal, la reconstrucción política de países rotos por conflictos debe significar el aprovechamiento del potencial de la participación de grupos informales, en los cuales quedan incluidos los grupos de mujeres que luchan por la paz, contra la guerra y la militarización de sus sociedades (como las Mujeres de Negro de Palestina, Israel, Belgrado o Kosovo, las Mujeres de la Ruta Pacífica de Colombia, entre otras). Pero estas actividades son invisibilizadas y marginadas, y muchas veces no tienen el impacto político deseado por sus protagonistas; no son consideradas acciones formales y por eso mismo son alejadas de los procesos "formales" que deciden la paz. Estos esfuerzos locales no se traducen en su inclusión en las negociaciones de paz, y por lo tanto las mujeres no integran sus preocupaciones y visiones en la agenda política nacional, que sigue dominada por

hombres y que, consecuentemente, sigue reproduciendo la desigualdad existente antes del conflicto (Sörensen, 1998).

Sin embargo, a pesar del aumento de la participación de las mujeres en la vida política durante los conflictos, resultante de la atenuación de la división de los roles sociales entre mujeres y hombres, cuando concluyen pocas mujeres logran involucrarse en el proceso formal de negociación de paz a nivel nacional.

Reconstrucción económico-social

La reconstrucción económica de un país agrietado por un conflicto puede significar la afirmación del poder económico de las mujeres y su inclusión o, al revés, contribuir al refuerzo de su marginación, exclusión y aumento de su vulnerabilidad (Sörensen, 1998). Una vez más el rol que las mujeres pueden asumir en la reconstrucción de la economía de sus sociedades, resulta de las estrategias y actitudes adoptadas durante el conflicto y de la situación de esas mujeres.

La reconstrucción económica de un país es una tarea gigantesca. En la mayoría de los casos, casi todas las infraestructuras físicas y productivas quedan destruidas por el conflicto, los procesos productivos están desarticulados, las redes comerciales y de crédito han sido desactivadas y no hay un sistema financiero nacional (Simões, 2002: 34).

Las autoridades nacionales y las instituciones financieras asumen un rol decisivo en la recuperación de las economías, pero las estrategias individuales o colectivas de supervivencia (consideradas informales) desarrolladas por mujeres y hombres, influyen en el proceso de forma decisiva.

La agricultura, en muchos casos, es el principal medio de subsistencia para las mujeres que asumen la responsabilidad de sostener a la familia durante y después de los conflictos. La destrucción de infraestructuras, la degradación ambiental, las minas anti-personales en terrenos agrícolas o la inexistencia de recursos constituyen graves obstáculos a la recuperación económica de un país. Las mujeres, sin embargo, viven

otros obstáculos, como la negación de derechos de herencia y propiedad que les garanticen el acceso a la tierra.

Las políticas de desarrollo ignoran frecuentemente las relaciones económicas locales, y a menudo benefician a los hombres en detrimento de las mujeres; en particular con nuevas tecnologías, tierras, créditos, perpetuando así el control masculino sobre los resultados.

A parte de la agricultura, las mujeres asumen roles importantes en la economía informal o actividades de pequeña dimensión, cruciales para la recuperación económica de un país. Tradicionalmente, este tipo de actividades – como la venta de determinados productos en los mercados locales y la compra de recursos más escasos – es reservado a los hombres. Sin embargo, durante y después de los conflictos son las mujeres las que asumen esta tarea.

A semejanza del camino formal hacia la paz, el sector de empleo formal, más estable, excluye frecuentemente a las mujeres. En la fase de reconstrucción posconflicto, las mujeres son obligadas a regresar a la esfera doméstica, distanciándose de las actividades “no tradicionales” que han desarrollado a lo largo del conflicto.

Reconstrucción psicosocial

La dimensión psicosocial o la reconstrucción del tejido social es, sin duda, una de las labores más complejas de los procesos de reconstrucción; en particular, en los conflictos contemporáneos, por sus características.

Las mujeres, uno de los grupos más afectados por la violencia física y sexual, son las principales supervivientes de los conflictos e importantes agentes de reconciliación. Los servicios sociales quedan profundamente afectados por los conflictos, con el refuerzo de los gastos militares. Las mujeres, las principales responsables del cuidado de la familia y de la comunidad, sufren particularmente con estas políticas. Pero eso no significa que sean pasivas. De hecho, las asociaciones y grupos de mujeres se apoyan mutuamente, desafiando fronteras étnicas, políticas o religiosas, e intentando superar traumas

exigiendo el reconocimiento público de los crímenes cometidos durante los conflictos y justicia.

Los grupos locales, en particular los grupos de mujeres, se ocupan de la parte oculta del conflicto, intentando superar traumas y heridas psicológicas provocadas por la violencia, y creando redes de solidaridad y de apoyo para los nuevos grupos resultantes de los conflictos. Estas nuevas categorías incluyen mutilados de guerra, antiguos combatientes, viudas, mujeres violadas, huérfanos y otros. En África del Sur, la organización *People Against Human Abuse* (PAHA) fundada en 1994 por un grupo de mujeres, ha apoyado a innumerables víctimas y ha desarrollado mecanismos de diálogo para intentar reducir la violencia física y psicológica, y aumentar la confianza y la justicia. En la ex -Yugoslavia la organización *Autonomous Women's Centre Against Sexual Violence* fue creada con el objetivo de analizar la relación entre la militarización de la sociedad y la violencia doméstica.

Por último, las Comisiones de la Verdad contribuyen de manera significativa a que las mujeres y los hombres logren superar las experiencias negativas de los conflictos. Sin embargo, en estas Comisiones, es recurrente la omisión de las experiencias específicas de violencia contra las mujeres.

3. Más allá de una reconstrucción del pasado

El periodo del conflicto es también un periodo de posibilidades. Durante los conflictos armados se produce una desarticulación de los dualismos que sustentan la sociedad patriarcal, en particular entre la esfera privada y la pública. Los roles de las mujeres considerados tradicionales se transforman. Los nuevos roles y experiencias, que Clara Murguialday y Norma Vázquez (2001: 36) denominan 'experiencias paréntesis', moldean las expectativas de las mujeres para el periodo posconflicto. Las mujeres que viven una guerra o conflicto armado no pueden caer en un mismo grupo. Sus experiencias son distintas y sus conexiones con el conflicto también cambian. Son justamente estas experiencias y conexiones las que determinan sus posiciones en el periodo posbélico. Algunas mujeres son combatientes, han utilizado armas o pertenecen al ejército. Y sus experiencias en la post-guerra están conectadas a su entrenamiento para la guerra, las condiciones de desmovilización, la disponibilidad de servicios. Otras mujeres crean o

ingresan en organizaciones y asumen nuevos roles en cuanto agentes de movilización (para la guerra o para la paz) en sus comunidades.

Las mujeres ocupan espacios y roles distintos en periodos de conflicto, pero la sociedad no les permite vivir de modo distinto en tiempos de paz o de reconstrucción. Las iniciativas o actividades desarrolladas por algunos grupos de mujeres durante las guerras se consideran ocasionales, y marginadas cuando termina el confronto; es decir, cuando la política se vuelve más estructurada y jerarquizada (Meintjes, Pillay y Turshen, 2001). El patrón común (o modelo padronizado) de las post-guerras en todo el mundo sigue siendo la re-creación de la dominación masculina con nuevas formas, la recuperación y el retorno a los estereotipos que legitiman el patriarcado; razón por la que se siguen ignorando las necesidades, agendas o posibilidades de transformación ofrecidas por las mujeres durante y después de los conflictos armados.

Cordula Reimann subraya que los análisis sobre los conflictos y los procesos de reconstrucción posconflicto están todavía dominadas por una “ceguera de género” (*gender blindness*); es decir, no consideran central el análisis de las relaciones de poder jerárquicas y desiguales entre hombres y mujeres existentes en las sociedades que viven una guerra. Supuestamente neutro, este enfoque reproduce las dicotomías entre el “dentro” y el “fuera”, reflejadas en la separación entre lo público y lo privado. Esta división invisibiliza el ámbito de lo privado y despolitiza las necesidades y actuaciones de las mujeres (Reimann, 2001: 31). Esta invisibilidad legitima la exclusión de las mujeres de las negociaciones e iniciativas formales (y a menudo informales) de paz. Reimann subraya que, aún cuando incluida, la mujer es presentada muchas veces como “mujer modelo que sirve a intereses empíricos”, minimizando identidades en mutación constante y la enorme diversidad de roles asumidos por mujeres y hombres (2001: 25).

En este sentido, Cynthia Enloe (1993) cuestiona: ¿es la post-guerra post-patriarcal? ¿No tendrán la conceptualización y las prácticas de reconstrucción de sociedades rotas por conflictos, en su base, las *mismas* construcciones de identidades, arraigadas en las *mismas* dicotomías y en los *mismos* mitos? ¿Qué se incluye y excluye en estos enfoques, con las omisiones y el lenguaje neutral? ¿De qué manera se redefine la masculinidad y la femineidad en el proceso de consolidación de la paz, comparado con la experiencia de guerra? (Reimann, 2001: 34-35). Actualmente, el patrón común (el modelo *standard*) del post-guerra en todo el mundo sigue siendo, la *re-creación de la dominación masculina* con nuevas formas, con la recuperación y el regreso a los

estereotipos que legitiman el patriarcado y el sistema de guerra. Es decir, una *reconstrucción del pasado*, de las causas que han llevado al conflicto. En este sentido el actual modelo de reconstrucción posbélica no es post-patriarcal, sigue promoviendo el militarismo y nociones de identidad y de seguridad que son excluyentes y que perpetúan relaciones de dominación. Esta (re)construcción supone ignorar las necesidades, agendas o posibilidades de transformación ofrecidas por las mujeres durante y después de los conflictos armados. Pero va más allá. Los análisis feministas proponen analizar la construcción de identidades (y las relaciones de poder) y la manera en que éstos se reflejan o influencia en la distribución de costes y beneficios sociales (Harding, 1998 *in* Tickner, 2001). Las propuestas feministas no pretenden “colocar el género” o incluir las perspectivas de las mujeres en una fórmula *ad hoc* en los análisis y prácticas de los conflictos y de la reconstrucción post-conflicto: las relaciones de poder ya existen. Este propósito es evidente en las estructuras sociales jerárquicas que el análisis feminista de las RRII, en particular el análisis feminista de los conflictos armados, sigue denunciando. Se trata, en síntesis, de analizar cómo estas relaciones son mantenidas y perpetuadas.

***Tatiana Moura** es investigadora del Núcleo de Estudios para la Paz/Centro de Estudios Sociales (Universidad de Coimbra). Master en Sociología en la Facultad de Economía de la Universidad de Coimbra, y Licenciatura en Relaciones Internacionales en la misma facultad. Coordinadora del proyecto compartido entre el Núcleo y la ONG brasileña *Viva Rio* sobre “Mujeres y Niñas en Contextos de Violencia Armada: el caso de Río de Janeiro”.

Bibliografía

Boutros-Ghali, Boutros, *An Agenda for Peace*, United Nations Publications, Nueva York, 1992.

Clapham, Christopher, “Rwanda: the Perils of Peace-making”, Comunicación presentada en *African Studies Conference of the United Kingdom*, University of Bristol, 9-11 de septiembre, 1996.

Cukier, Wendy, “Gender and Small Arms”, Comunicación presentada en la sesión *Gender Perspectives on Disarmament*, ONU, Nueva York, 14 de marzo, 2001.

Duffield, Mark, *Global Governance and the New Wars*, Zed Books, Londres, 2001.

Enloe, Cynthia, *The Morning After. Sexual Politics at the End of the Cold War*, University of California Press, Berkeley, 1993.

Kaldor, Mary, *Las Nuevas Guerras. Violencia Organizada en la Era Global*, Tusquets Editores, Barcelona, 2001.

Kaldor, Mary, *New and Old Wars: Organised Violence in a Global Era*. Polity Press/Stanford University Press, 1999.

Meintjes, Sheila *et al.* (orgs.), *The Aftermath: Women in Post-Conflict Transformation*, Zed Books, Londres/ Nueva York, 2001.

Murguialday, Clara y Vázquez, Norma, "Género y Reconstrucción Posbélica", *Papeles de Cuestiones Internacionales* n° 73, CIP, Madrid, 2001, pp. 33-39.

Nash, Mary y Tavera, Susanna (orgs.), *Las Mujeres y las Guerras: el Papel de las Mujeres en las Guerras de la Edad Antigua a la Contemporánea*. Icaria editorial, Barcelona, 2003.

Ramsbotham, Oliver, "Reflections on UN Post-Settlement Peacebuilding", in Tom Woodhouse e Oliver Ramsbotham (orgs.), *Peacekeeping and Conflict*, Frank Cass, Londres, 2000, 169-189.

Reardon, Betty (1985), *Sexism and the War System*, Teachers College Press, Nueva York.

Reimann, Cordula (2001), "Engendering the Field of Conflict Management: Why Gender Does *Not* Matter! Thoughts from a Theoretical Perspective", *University of Bradford Peace Studies Papers*, 4th series, Working Paper 2, enero 2001.

Simões, Mónica Rafael, *A Agenda Perdida da Reconstrução Pós-bélica: o caso de Timor Leste*. Quarteto Editora, Coimbra, 2002.

Sörensen, B., *Women and Post-Conflict Reconstruction: Issues and Sources*, WSP Occasional Paper, UNRISD, Ginebra, 3 de junio, 1998.

Tickner, J. Ann, *Gendering World Politics: issues and approaches in the Post-Cold War Era*, Columbia University Press, Nueva York, 2001.

UNRISD-PSIS (1995), *Rebuilding War-torn Societies. An Action-Research Project on Problems of International Assistance in Post-conflict Situations*. United Nations Research Institute for Social Development – Programme for Strategic and International Security Studies, Ginebra.